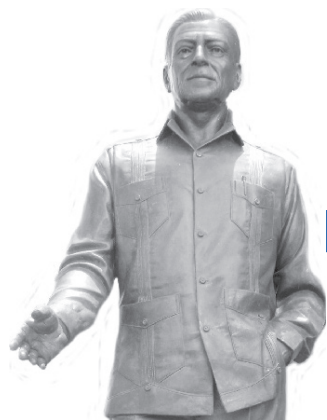




**La consigna:
buen humor**

(25 de enero de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



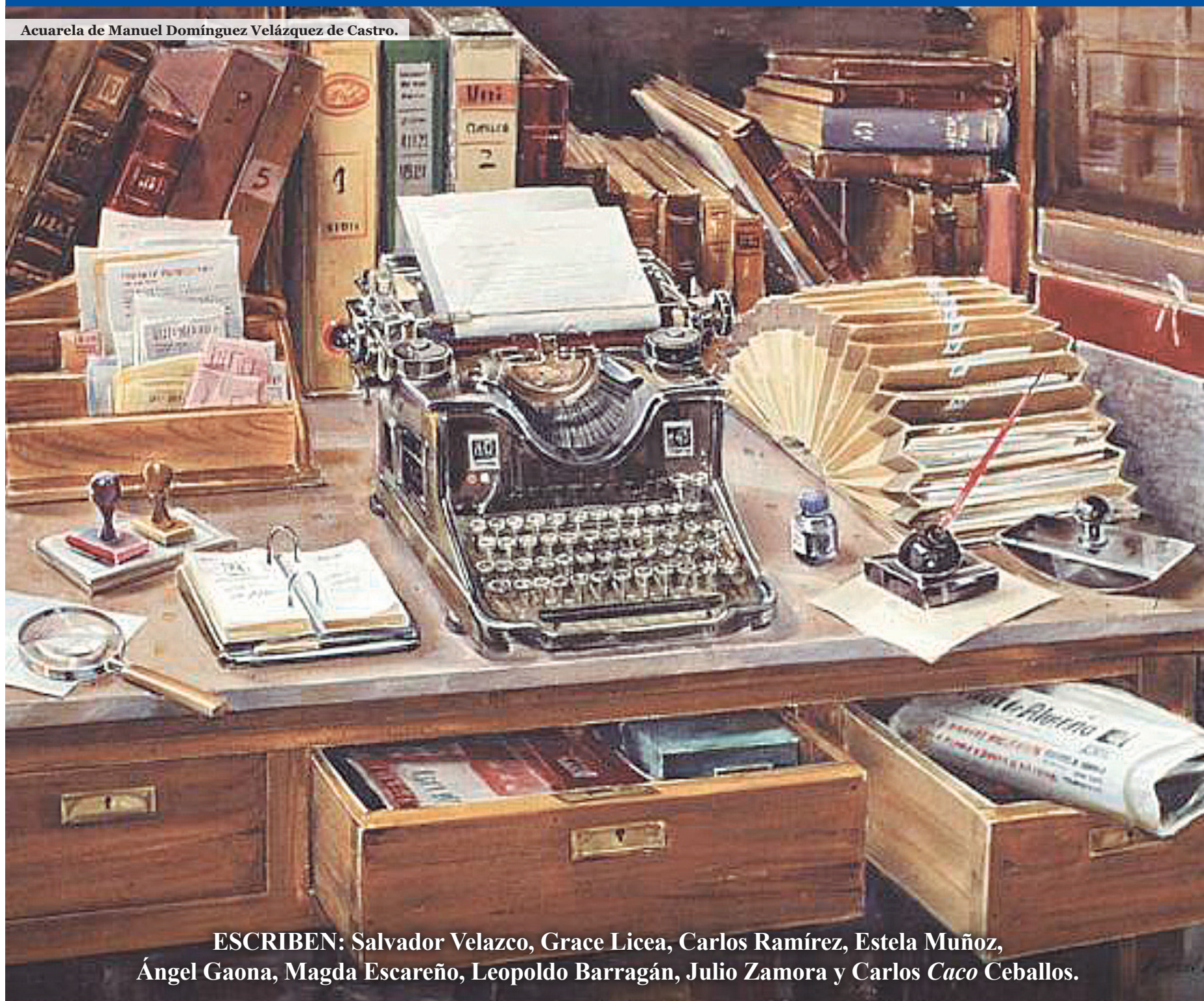
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2608

DOMINGO 6 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Acuarela de Manuel Domínguez Velázquez de Castro.



ESCRIBEN: Salvador Velazco, Grace Licea, Carlos Ramírez, Estela Muñoz,
Ángel Gaona, Magda Escareño, Leopoldo Barragán, Julio Zamora y Carlos Caco Ceballos.



A las nueve en punto

De aniversarios

Salvador Velazco

Este primer domingo de septiembre *A las nueve en punto* está cumpliendo un año de publicarse en forma quincenal. Sin darme cuenta, en un abrir y cerrar de ojos, han pasado las semanas y los meses. En la colaboración inicial expliqué el título y quizá valga ahora la pena recordar que está inspirado por Ingmar Bergman, quien, seis días a la semana, de mayo a octubre, durante treinta años, vio una película. La función comenzaba invariablemente a las tres de la tarde en punto, en el pequeño cine que instaló en la granja que tenía en Fårö, una isla diminuta localizada en el mar Báltico. Como una forma de homenaje, yo procuro ver una película cada noche a las nueve en punto porque lo que podemos compartir con estos grandes cineastas es, sobre todo, la pasión por ver cine. Y de cine he hablado primordialmente en esta columna.

Quisiera hacer un reconocimiento a Julio César Zamora, coordinador de *Ágora*, por su dedicación y profesionalismo para hacer de este suplemento un verdadero foro que estimula la crítica y la creación, que alienta la publicación de nuevos autores al lado de los veteranos, que despliega una gran imaginación en su diseño gráfico. El logo que creó para mi columna me parece todo un acierto: un reloj que marca las nueve con una gran Z superpuesta, la marca del Zorro (mi *alter ego*), personaje que admiro y con quien comparto la Z de mi apellido. Además, donde el Zorro castiga a los malvados —a diferencia de Nueva York para Batman y el Hombre Araña— es en Los Ángeles, California, la ciudad donde he vivido por muchos años. Así que vaya para el *procónsul* Julio César (como le llamo afectuosamente) mi agradecimiento por su ayuda para que los artículos luzcan mejor y la paciencia que, con frecuencia, debe tener conmigo por lo obsesivo que soy con pequeños detalles y correcciones.

Decía en la primera entrega de *A las nueve en punto* que iniciaba esta serie de colaboraciones con emoción y entusiasmo porque, para mí, era como regresar a casa. Y sí, efectivamente, tuve la fortuna de coordinar este suplemento por casi dos años: de agosto de 1980 a abril de 1982 para ser precisos. Siempre le estaré muy agradecido a Héctor Sánchez de la Madrid por la confianza que depositó en mí al encomendarme las páginas del Suplemento Dominical del *Diario de Colima* cuando yo estaba por cumplir veinte años, apenas recién salido de la preparatoria y a punto de iniciar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Guadalajara. Han pasado ya cuarenta años y quizá sea esta una buena ocasión para contar esta historia, para lo cual tendré que usar la primera persona.

Desde muy temprano mostré interés por la lectura de textos literarios y la escritura. Me gustaba escribir poemas y cuentos que, sin duda, como lo supe más tarde, no iban a dar a Colima un prestigioso escritor de literatura. Sin embargo, uno de ellos, “Ya viene, Jacinto, ya viene”, ganó el primer lugar en un concurso de cuento, efectuado en el mes de enero de 1980 en la Preparatoria número 3 de la Universidad de Guadalajara. Ernesto Terríquez Sámano, a quien le mando un cordial abrazo, tuvo la gentileza de publicarlo en *Panorama Cultural*, el suplemento dominical del *Diario Panorama*. Con todo, lo mío no eran ni los cuentos ni los poemas, como me lo diría después mi querido maestro de la Facultad, Adalberto Navarro Sánchez, con una frase que no olvidaré jamás: “Déjese de cuentitos y poemitas, lo suyo es el ensayo”. Seguí su consejo y me dediqué a escribir a partir de entonces ensayos y artículos, especialmente, textos académicos.

A principios de 1980, empecé a escribir artículos periodísticos para el *Diario de Colima*. Mi columna se llamaba “Cíncel” y aparecía los lunes en la página editorial. Ahí me ocupaba de asuntos y temas de lo que pasaba en la política y en la cultura en el

panorama nacional. Asimismo, escribía sobre autores literarios. Fue precisamente un artículo que escribí a propósito del libro de memorias de Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, el que me abrió las puertas del suplemento del *Diario de Colima*. Recuerdo que le llevé el texto a Héctor Sánchez de la Madrid a su oficina con el propósito de que lo publicara en el suplemento; para mi grata sorpresa, me dijo al finalizar la lectura: “Me gustaría que te hagas cargo del suplemento dominical”. Y acepté de inmediato porque lo que más me apasionaba era la literatura y hacer un suplemento literario representaba una magnífica oportunidad para alimentar esa pasión.

Lo primero que hice como coordinador fue invitar a Rafael Araiza, gran artista plástico e inolvidable amigo, para que ilustrara con sus viñetas el suplemento. Yo conocía el trabajo de Rafael porque ambos publicábamos en la revista *Cosas*, que dirigía mi buen amigo Guillermo Méndez. Papel, tinta y una plumilla conformaban todo su equipo de trabajo para crear los dibujos literarios que se convirtieron con el paso del tiempo en el sello distintivo del suplemento. El primer número salió el domingo 17 de agosto de 1980. Iniciamos con la publicación del cuento “Talpa” de Juan Rulfo, por lo que Rafael dedicó su primera viñeta a este clásico autor jalisciense. La incluimos ahora como un homenaje a la memoria de Araiza.

Y esa fue la dinámica que, en lo general, seguimos durante el tiempo que estuve en la coordinación: a mí me tocaba seleccionar los textos y hacer la semblanza del autor seleccionado para cada domingo y a Rafael le correspondía elaborar los dibujos. Publicamos cuentos, poemas, fragmentos de novelas, de escritores tanto nacionales como internacionales: Borges, Onetti, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Cortázar, Poniatowska, Castellanos, Mistral, García Lorca, Machado, Benedetti, Reyes, Arreola, Pacheco, Monsiváis, Leduc, entre muchos otros. Además, por una buena parte de esta primera etapa del suplemento, la primera página les correspondía a las “Viñetas de la Provincia” de don Manuel Sánchez Silva y al artículo de Ismael Aguayo Figueroa, a la sazón cronista de la ciudad.

Rafael y yo entendíamos que la función de un suplemento de provincia era, por una parte, presentar autores consagrados en el mundo de las letras hispanoamericanas. Asimismo, siguiendo con la tradición del *Diario de Colima* de impulsar a los nuevos valores literarios locales, surgió la sección “La Entidad (la expresión de acá)”. Tuvimos el gusto de publicar el trabajo de autores como Salvador

Márquez, Alberto Barreto, Gustavo Lupercio, Víctor Gil Castañeda, Jaime Estrada, Efrén Rodríguez, Alfredo Montañón y otros más que escapan a mi memoria en este momento. En el campo de las artes plásticas, presentamos el trabajo de artistas como Gil Garea. Algunos de ellos ya no están con nosotros; a todos los recuerdo con afecto.

Dejé la coordinación porque me resultaba cada vez más difícil, dividido entre Colima y Guadalajara, seguir haciendo el trabajo. Héctor Sánchez de la Madrid le pidió a Rafael Araiza que tomara el timón del suplemento. El mismo Héctor le puso un nombre bellissimo a nuestro barco, *Ágora*, que hace referencia a la plaza pública de las antiguas ciudades griegas: lugar de encuentro, de diálogo, de convivencia ciudadana. Y *Ágora* ha fomentado un fructífero y enriquecedor diálogo con sus lectores por un espacio de cuarenta años. Se dice fácil. Yo apostaría a que es uno de los suplementos culturales más longevos en México. Me enorgullece haber puesto mi granito de arena y hago votos por muchos años más de una navegación con viento en popa.

Por ahora, les reitero la cordial invitación a seguir leyendo *A las nueve en punto*, para hablar de las películas de nuestra vida y de otras cosas.

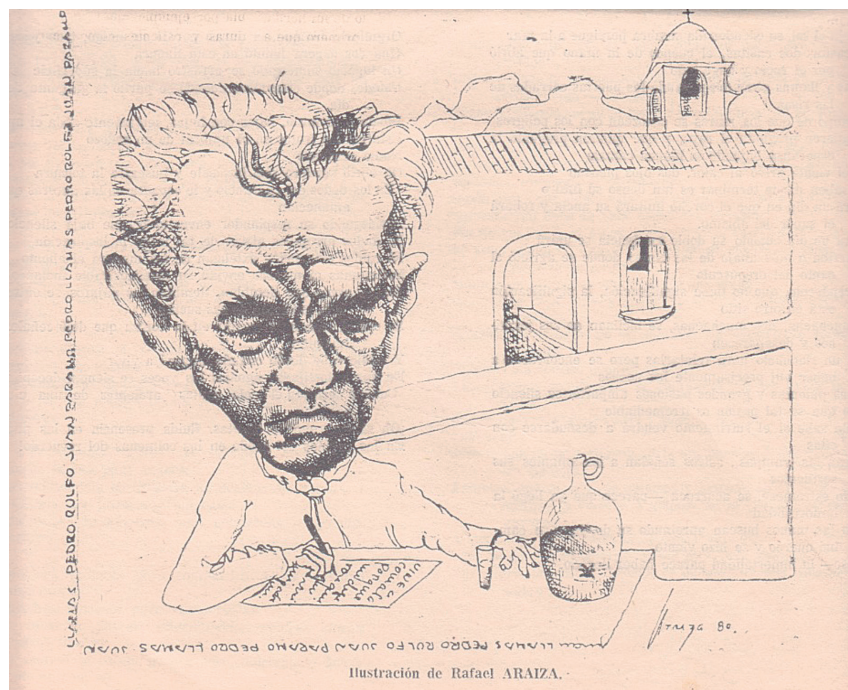


Ilustración de Rafael Araiza, publicada el 17 de agosto de 1980.

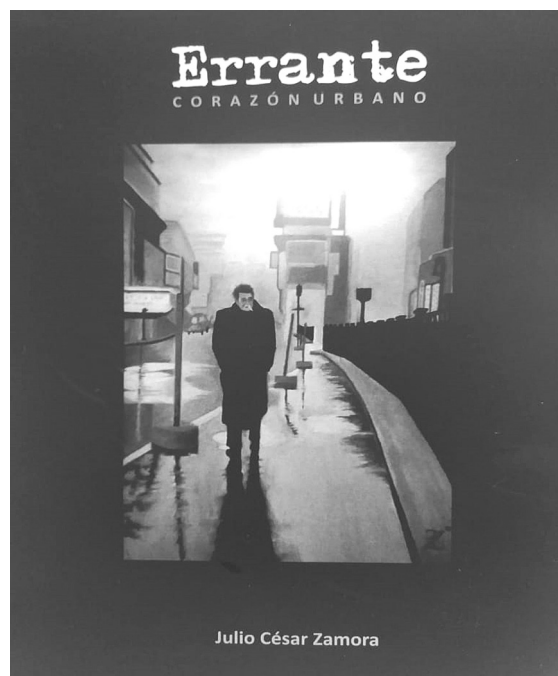


Leer bajo el volcán

Carlos Ramírez Vuelvas

Julio César Zamora, escritor y poeta, publicó en el año 2009, en la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado, *Errante corazón urbano*, una reunión de crónicas, artículos y reportajes periodísticos, para presentarnos un puñado de relatos contemporáneos del centro histórico de la ciudad de Colima. En *Errante corazón urbano* podemos descubrir dos imágenes de la antigua feria de Colima en el Jardín Núñez, recorrer

con los noctívagos la bohemia del bar La Puerta, encontrarnos con las decembrinas fiestas guadalupanas del Jardín Libertad, mientras a lo lejos se escucha Escalera al cielo, de Led Zepellin. Una buena factura de la más portentosa tradición del periodismo literario, gran libro de crónica urbana *Errante corazón urbano*, de Julio César Zamora. Me llamo Carlos Ramírez Vuelvas, y les recomiendo leer literatura colimense.



Variaciones sobre el tema de una canción de Engelbert Humperdinck: *The way it used to be*

Ángel Gaona

Una mesa para mí solo
en una estancia clara, vacía
Entretanto la música comienza
Yo, me bebo los recuerdos de mi desaliento
La música no se detiene
mas ahora su estribillo es agridulce

Se oye otra vez aquella canción
antes de quedarme
solo con mi tristeza
tal vez si pasa por aquí
a través de la ventana
escuchará una canción de amor
una melodía que despierte
lo poco de ternura que ha quedado
le recordará aquel tiempo
cuando fuimos solo uno

Vienen a saludarme mis amigos
sonríe para esconderles mi pesar
resulta fácil mientras no se van
entonces otra vez esa canción

Así que nuevamente suena
aquella melodía
antes de dejarme
a solas con mi tristeza
si pasa por aquí
a través de la ventana
escuchará una canción de amor
una melodía que despierte
lo poco de ternura que ha quedado
le recordará aquel tiempo
cuando fuimos solo uno

Colima, Col. Junio del año del encierro.

La Puerta

Grace Licea

A Don Chuy

Era 1996, la puerta de una casa colimota
era 1996 y aquel tiempo se quedó para mí
en aquella barra, aunque transcurrieron los años

Siempre quedarse
las sillas, luces mortecinas sobre las botellas
las paredes cinéfilas de los baños
siempre quedarse en 1996

Porque ahí se coaguló mi adolescencia
con cerveza disolví el tiempo
troncharlo de la nuca hasta olvidarlo
herirlo de muerte con dos katanas
piadosas cervezas que sirvió Don Chuy
cuando llegó años después
piadoso armero
nos dio apacible, silencioso
lo mismo el alfanje que la cimitarra

Quédese Don Chuy
quédese siempre en esa misma barra
quédese, quédese siempre
en la memoria de La Puerta.

Embrionario

Magda Escareño

Bondades:

IV Buscando hoyos:

Donde los huecos no llegan a ser más
que vacío, se siente un dolor que no tiene
nombre. No hay espejos ni sombras ni
luciérnagas. Buscarse en ellos, es buscar
la forma y el fondo de llenarlos. Allí habrá
de sembrarse la semilla de lo desconocido,
un suceso la germinará...



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La consigna: buen humor

Don Manuel Sánchez Silva

(25 de enero de 1959)

No siempre es necesario que determinada persona desaparezca del mundo de los vivos para que se le juzgue con criterio imparcial, lo cual equivale al reconocimiento de sus cualidades. Díaz Mirón, el sonoro e iracundo poeta veracruzano, dijo en uno de sus poemas: “El mérito es el naufrago del alma: vivo se hunde, pero muerto, flota”. Sin embargo, hay excepciones y Vicente Portillo del Toro es una de ellas.

Nació en esta ciudad, pronto hará 50 años, y es el mayor de los cuatro hermanos que forman el “clan” familiar. Tal vez la cómoda situación económica de que disfrutaban sus padres influyó en su carácter, que se desarrolló en un ambiente de suficiencia, molicie y desenfado, circunstancias que se convirtieron en elegante displicencia, sentido del humor y apatía.

Es inteligente, modestamente inteligente, por cuanto posee y ejercita el extraño don del juicio certero y burlón. Tiene miras especiales para la agudeza de sus observaciones, y donde da, es “diana” infaliblemente.

De su madre heredó el gusto por la música. Aun cuando nunca estudió formalmente solfeo ni ningún instrumento, es admirable su facilidad para tocar al piano cualquier melodía: y tocarla con buen gusto. Al igual que Agustín Lara -otro intuitivo portentoso-, nació con el secreto de la armonía, y “adorna” más con la mano izquierda que con la derecha. Dato curioso es el de que le sobran las teclas blancas, pues todas sus interpretaciones las ejecuta exclusivamente en las “negras”. Es una especie de campeón de los tonos menores.

Si cuando está haciendo música alguien le preguntara: “¿En qué tono tocas?”, de seguro no sabría contestar, pues no sabe música ni le interesa conocer sus intrincadas reglamentaciones. Lo que sabe es tocar y tocar bien, cuanta melodía conoce.

Esa facultad y su simpatía personal, verdaderamente extraordinaria, lo hicieron desde adolescente ser el centro de sus amigos, pues pocas personas resultan más agradables y divertidas que Vicente. Las ocurrencias y gracejadas se le derraman, como de un surtidor inagotable, y ha vivido disparando chistes, de los cuales, es el primero en festejar con risa fácil y contagiosa.

Por otra parte, el cuidado de su persona y la preocupación por comer bien, vestir mejor y vivir de la mejor manera posible, con el menor esfuerzo, son peculiaridades de su temperamento.

Vicente pasó su adolescencia y lo que pudiera decirse su primera juventud, en plan de sibarita, inexorablemente desocupado. Gran parte de su tiempo lo empleaba en jugar billar, lo que hacía muy bien y, el resto, en divertir a sus amigos y divertirse con ellos.

También llegó a ser un hábil frontonista, lo que le valió elogios y distinciones, pero en cierta ocasión le costó un disgusto que, gracias a su carácter, se resolvió pacífica y hasta alegremente. Fue en el año de 1942, en que el general Leopoldo Rabatté se hallaba comisionado en Colima. Era dicho jefe militar un hombre alto y robusto, afecto a los deportes, buena persona pero propenso a la impulsividad. Todas las tardes asistía a la cancha Andrés Figueroa para entrenarse en el frontenis, y con frecuencia Vicente era su compañero. Pero una vez se concertó un partido en que cada uno jugó con otro frontonista. Vicente y su amigo ganaron de calle y el general, como tantos deportistas que se duelen de sus derrotas, no podía disimular su desagrado, el que fue creciendo por las bromas picantes de Vicente, hasta que estalló:

—Usted -bramó encolerizado-, no es un deportista sino un burlón profesional, un holgazán, y ahora mismo se me larga de la cancha...

—Eso sí que no -contestó Vicente muy serio-, la cancha fue construida por iniciativa del general Aureo L. Calles, pero se hizo con la cooperación de los colimenses y toca la casualidad de que yo estoy en mi tierra...

—Usted se me larga inmediatamente antes de que... -y se acercó el general con gesto amenazador. Y cuando los circunstancias se precipitaron a impedir una violencia y todos esperaban que Vicente abandonara el lugar, ocurrió lo que nadie imaginaba: se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas como un Buda, y empezó a canturrear con entonación

infantil:

—No me voy, no me voy, no me voy...

Fue un chorro de agua fría que calmó al general, quien no pudiendo resistir la risa, le dio la mano:

—Ande, levántese y sigamos jugando...

Durante el periodo gubernamental del señor general Torres Ortiz, este funcionario le tomó una especial simpatía a Vicente, procurándolo en cuantas ocasiones disponía de tiempo. En una de tantas en que departían juntos, le dijo:

—Bueno, y usted ¿por qué no trabaja en algo?

—Porque no tengo oportunidad de hacerlo, mi general.

—Pues va a tenerla. Le voy a dar un empleo...

Vicente no tomó en serio el ofrecimiento ni volvió a recordarlo, pero al día siguiente el Gobernador ordenó que lo designaran jefe de la Proveduría del Gobierno y le enviaran luego el nombramiento. Vicente lo recibió y quedó perplejo.

—Oiga usted -dijo al mensajero-, es que yo no tengo ninguna intención de convertirme en empleado.

—Pues yo no sé nada, señor Portillo -le contestó el otro con la indiferencia de quien no se siente interesado en los problemas ajenos.

Después de la primera sorpresa, Vicente no se acordó del incidente, pero no así el Gobernador, que a los dos o tres días de haber firmado el nombramiento mandó llamar a su secretario:

—¿Ya se presentó el señor Portillo a trabajar?

—No señor.

—Pues mándele decir que venga luego a tomar posesión...

Al día siguiente, el secretario informó:

—El señor Portillo dijo que no venía.

—¿Por qué? -preguntó el Gobernador visiblemente molesto.

—Porque no quiere ese empleo.

—Pues tendrá que quererlo. Mándelo traer con la policía...

Al poco tiempo y entre dos gendarmes llegó Vicente al despacho del Gobernador y se suscitó una escena curiosa:

—¿Por qué no se ha hecho cargo de su empleo?

—Porque yo no solicité ninguno.

—Pero yo le extendí un nombramiento.

—Que yo no acepto.

—Que sí tendrá que aceptar. Vaya ahora mismo y tome posesión del empleo.

—No, señor Gobernador. Soy un ciudadano libre, de un país libre y nadie puede obligarme a trabajar contra mi voluntad. Como ya preveía lo que iba a ocurrir, tomé mis precauciones... Mire usted...

¡Y le alargó el amparo concedido por el juez de distrito!, por violaciones al artículo 50. constitucional, que establece la garantía de que “nadie puede ser obligado a prestar trabajos personales, sin su pleno consentimiento”...

Como de costumbre, Vicente salió ganando, pues el Gobernador se rindió ante la ocurrencia. De ahí en adelante, cuando alguien preguntaba a Vicente:

—¿Y no trabajas en nada?

Él respondía:

—Cómo no: desempeño el puesto de “amigo del señor gobernador”.

En 1943 se fue a Estados Unidos, donde pasó cuatro o cinco años. Ahí sí trabajó duro y aprendió a la perfección el idioma inglés. A su regreso se colocó en una agencia de turismo como “guía” para los visitantes, y siguió dándose la gran vida. No obstante, es un inconforme crónico y acabó por aburrirse y cambiar de ocupación. Se dedicó a especulaciones de automóviles, contrajo matrimonio, tuvo un hijo al que adora y, desde hace algún tiempo, radica en Guadalajara derrochando siempre buen humor y simpatía.

Tomochic, la otra cara

II/II

Brandon Enciso Alcaraz

Algo que llama poderosamente mi atención en la narración de combates por parte de ex militares, es la parquedad con la que describen los hechos. Similar a cuando se lee un parte de misión, la narrativa de las luchas de manos de quienes las protagonizaron tienden a ser relatos llanos, como carentes de emoción, abstraídos a los hechos, fieles a la religión de lo elemental, un arduo combate puede ser descrito en apenas unas frías líneas.

Esto no hace de las narrativas menos impactantes, y no pretendo demeritar la crónica, pero quise destacar este punto justo para que, en el momento que usted, lector, se decida por leer *Tomochic*, y llegue al punto donde se inicia la narrativa de los combates, visualice esto y vea cuan diferente es Heriberto Frías a otros autores que narraron eventos similares.

El gran clímax de la obra está lleno de pequeñas historias, donde la idealización y la decepción danzan juntas, y pocos soldados valientes caen muertos al lado de viles cobardes, ignorantes todos de la carencia de una verdadera causa heroica o justa en su muerte. Frías, o mejor dicho, Miguel Mercado, los ve a todos como si él no participase en los hechos.

Tenemos, pues, a un oficial socarrón que termina buscando la huida con el pretexto de una mejor posición, mandos tercios que anteponen la victoria al uso de tácticas bien pensadas, e incluso un esbozo de honor, cuando un reconocido jefe perdona la vida a un enemigo, sólo para ser pagado

con la muerte.

La batalla es cruenta y conforme se avanza, la barbarie empeora. El armamento, número y entrenamiento de los soldados termina por sobreponerse, y en el momento último de la lucha, cuando ya el enemigo había sido apaleado, se ordena incendiar una iglesia con todos sus devotos dentro, culminando esto con la brutal escena de una mujer que prefiere tirarse desde lo alto a morir por las llamas de los federales.

Uno termina esta novela con un trago amargo en la garganta, y por si el lector no lo adivinaba aún, no hay final feliz. El pequeño romance que se nos dibujó como un ápice de esperanza, es aplastado, e incluso la madre de nuestro protagonista, cuyo bienestar fuera su combustible al inicio, lo termina abandonando, y son las últimas líneas de esta novela, en su desencantador encanto, las que dan ese gran cierre, donde la poesía, tan desdeñada, parece por fin haber abandonado el mundo, y ante aquella victoria ridícula, nuestro protagonista se derrumba.

Hablar de la vida del autor y las peripecias que pasó para publicar una obra tan incendiaria, requerirían un texto aparte, pero prefiero que sea usted el que se aventure en esta novelita corta y disfrute, igual que yo lo hice, de este amargo pasaje que, sin embargo, debemos mantener vivo. La lucha de los tomocheos no debe ser olvidada, el atropello que sufrieron es testigo de la barbarie que se vivió en su tiempo, misma que a veces se obvia en pos del “progreso” que se dio.

Entre hermanas

Estela Muñoz

No encontrábamos salida para la carretera. Era un hecho, estábamos perdidas mientras la oscuridad invadía precipitadamente al atardecer que estaba por agonizar, abriéndole paso a una atmósfera de inquietud y confusión que se agravaba más entre los maizales donde la pareidolia hacía de las suyas, sombras con figura de “alguien” o “algo” que no era real, o quizá todo era muy real y palpable.

Todo esto era causa de un enojo de mi hermana con su novio. Después del campamento tuvimos que ir en coches separados sin saber exactamente el camino para llegar a nuestro hogar. Una vez más al borde de transitar el mismo sendero por cuarta ocasión no tenía sentido absolutamente nada. Mi estómago empezó a hacer ruidos, señal de que la hora de la cena ya se estaba pasando.

A punto de dar la quinta vuelta por aquel espacio que se asemejaba un laberinto, le entró un espíritu violento a mi hermana que por lo regular era una persona bastante prudente, Isabel hizo trabajar de manera frenética el motor del auto, rechinando las llantas y en una acción natural de la vida cotidiana atascó directamente el automóvil en los maizales sin ninguna lógica. Un ruido fuerte de los neumáticos me obligó a tapar mis oídos y de un tirón se golpeó mi cabeza en el asiento. Cuando voltee a comprender tan ridícula acción, Isabel no parecía estar en la realidad que vivíamos, su visión sólo enfocada al frente, las manos bien aseguradas en el volante y el cabello alborotado.

—¡Pero qué demonios te pasa!

No hubo contestación, seguía emergida en un viaje astral del cual no pretendía salir ni con los estrepitosos agudos de mi voz.

—Te estoy hablando, Isabel, contesta. ¿Qué mierdas te pasa? Jamás vamos a salir de aquí, mira la hora que es, mira a tu alrededor... Hermana, por favor reacciona.

Ninguna respuesta, sólo su vista al frente. De pronto, tiró una carcajada parecida a la de un acto cómico de televisión.

—¿Por qué mis papás me golpeaban más que a ti? Te crees mejor que yo, estúpida.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¡Por Dios, Isabel! No lo sé. Tengo 13 años menos que tú y no lo sé... posiblemente ellos vivían otras situaciones diferentes... Y... este no es momento para dialogar.

—¡Cállate! Eres una maldita hipócrita que nunca se te da gusto. Siempre defendiéndote.

—¿Defendiéndome? ¿De qué?

—Crees que no sé que tú no eres mi hermana.

—Por favor, Isabel, ya para todo esto y vámonos de aquí.

—¿Nos vamos?... ¿Quién? ¿Juntas? Mejor te abandono aquí. Eres de esos animales que tiernamente llegan de la calle a casa y después de unos años se deshacen de ellos en un baldío. Te voy a arrojar como a un animal, así me has

hecho sentir desde que llegaste.

Los ruidos extraños entre las hierbas no se hicieron esperar, no podía calcular con exactitud la hora pero distinguía que era tarde. La luna caía en un estado de misterio sobre nosotras y ofrecía un reflejo de frenesí en las expresiones de mi hermana, hablaba en serio, me iba a dejar en ese lugar donde la gente contaba que las brujas caían en forma de bolas de fuego desde el cielo para quitarse los pies y los brazos, y después de sus rituales, conjuros y hechizos, se los volvían a colocar... las brujas era lo de menos, desconocía dónde estaba, las coordenadas nunca fueron mi fuerte y cómo regresaría a casa. Ella era mi hermana, ¿por qué hacía esto? Las apariencias siempre logran adulterar los verdaderos sentimientos y hasta la familia esconde amarguras que en cualquier momento revelarán verdades, tal cual sucedió con la caja de Pandora, crudezas con sabor quemado, la lengua escaldada para que la impresión no te deje pasar saliva y reponerte de la traición.

La ansiedad me ganó de un momento a otro, tenía la certeza de que algo muy malo estaba por suceder y la respiración me falló. Las lágrimas no pidieron permiso para desbordarse por mis mejillas.

—¡Pinche drama el tuyo! Bájate ya del carro. Aquí te quedas.

Me doblé en el asiento recibiendo un golpe sofocador de mi mente, semejante a cuando caes de una longitud que tu cuerpo no soporta, jalando el cinturón de seguridad entre mi pecho que latía precipitadamente. La ansiedad me recorría a través de los poros de la piel de donde brotaba sudor y pánico.

—¡Qué te bajes! -la expresión de Isabel estaba sobrepasando de ira.

No me podía mover, simplemente no tenía la fuerza para salir del auto. Isabel tomó unas tijeras que se encontraban por la palanca de velocidades, de esos artefactos que olvidamos casualmente en la comodidad de nuestro desorden. Tomó las tijeras y con toda la fuerza de sus recuerdos y su resentimiento contra mí, se las clavó en la mano izquierda tres veces continuas hasta que una erupción de sangre salió de su palma. Cerré los ojos para que todo se retornara a nuestras pláticas entre hermanas que solíamos tener en su habitación, en cambio la realidad me ofreció una imagen de la mano desgarrada de Isabel.

Como si el vehículo me escupiera, de un impulso salí arrojada tratando de escapar. Corrí unos cuantos metros y entre las sombras que se vuelven tangibles en la noche, pude distinguir que venía algo por mí, percibía el mismo estremecimiento cuando estás en la regadera y mientras cierras los ojos, sabes que no estás solo. No podía volver al carro, ignoraba si el verdadero terror existía afuera, en esa fúnebre perspectiva de la naturaleza o en la compañía de mi hermana.

El hombre detrás de la barra

I/II

Julio César Zamora

A Jesús Argüelles Pérez (1947-2020)

Sábado, 9 pm.

¿Cuál quiere Don Chuy, la de siempre?

Al escuchar la melodía de las trompetas, el hombre detrás de la barra de madera reconoció de inmediato la canción, tomó la cajetilla, sacó un cigarro y lo encendió. Al exhalar el humo, en su rostro se dibujaba una expresión complaciente, con una tenue sonrisa, la del recuerdo amargo hoy dulcificado, un viejo dolor que solo los años subsanan si se tiene voluntad. Él sabía que otros hombres nunca se recuperaron de esas cuitas del alma, pero no era su caso.

El joven que había seleccionado *El malquerido* y otras canciones de Javier Solís en la rockola, se acercó a la barra y pidió otro tarro de cerveza oscura a Don Chuy, quien le dijo: Esa canción que pusiste yo la escuché mil veces, durante días, semanas y meses. Tenía mis motivos, pero ahora la disfruto de otra manera. ¿Te platiqué que me tocó escucharlo en vivo? No, pero sé que esa es una de sus favoritas, y como dice usted, tendrá sus motivos.

No había nombre de compositor, cantante, actriz o actor que Jesús no conociera a la perfección, desde los de la época de oro hasta la década de los 70 del siglo pasado. Desde muy joven era asiduo a los bailes y a las cantinas, pero también le encantaba ir al cine y asistir a la Caravana Artística Corona Extra, promovidas por Jesús Martínez, *Palillo*, donde pudo ver y escuchar en vivo a muchos artistas como Javier Solís, José Alfredo Jiménez, Angélica María, Manolín y Chilinsky, Lola Beltrán, Lucha Villa, Emilio Tuero, entre otros.

Si bien era un gran conocedor de la música vernácula, en especial del bolero ranchero, en su juventud también escuchaba *El rock de la cárcel*, y no sólo eso, vestía chamarras y pantalón de mezclilla con un cinturón de hebilla y se peinaba de copete, al estilo de Elvis Presley en los años 60. Una década después usaba camisas chazarilla y pantalones acampanados, pero a donde fuera y como fuera llevaba siempre sus cigarros Del Prado.

¡Señorita Cinthya, qué gusto me da verla! ¿Cómo ha estado? Gracias, Don Chuy, igualmente, ¡bellísima! Nadie lo duda, señorita, dígame, ¿qué le sirvo? Un tarrito, por favor. Ahorita mismo se lo doy... Esa cerveza cárguela a mi cuenta, interrumpió Óscar, y todas las que pida... Si le vas a invitar a mi señora, también a mi *Rufo*, o no tienes mi permiso, dijo *Buby*... Entonces, ¿a quién se la anotó?, preguntaba Don Chuy.

A las 10 de la noche la barra ya estaba casi completa: Beto, Cynthia, Pepe, *Topo*, Óscar, Víctor, *Gordis*, Fernando, Cinthya y *Buby*. No es error, había dos Cintias, una desde siempre comprometida y la otra desde siempre sin compromiso. Entre

la música y la bebida, las conversaciones siempre eran trianguladas: unos del lado corto de la barra, otros del lado largo y detrás de ella Don Chuy. Para ellos eso era La Puerta, el bar.

*

Jesús Argüelles Pérez nació en 1947, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Veinticinco años después se enamoró de un sueño dorado y se casó y tuvo tres hijos: Hilda Liliana, Jesús Alberto y Lorena Elizabeth. Cursó estudios en el Instituto Normal de Comercio y Administración, pero siempre buscó desempeñarse en el área industrial, primero lo hizo en una fábrica de textiles, luego, durante muchos años trabajó como encargado de una manufacturera de refacciones automotrices y agrícolas, lo que le dio suficiente bonanza económica para mantener y vivir holgadamente con su familia.

Los viernes o sábados se escapaba con los amigos y en la última ronda se regresaba a su casa. Nunca faltó al hogar ni el respeto a su esposa, pero entre los excesos con la bebida y el trabajo de casi todo el día, deterioraron su relación. Una noche, al volver de la fábrica, tras una larga discusión su mujer le pidió el divorcio. Jesús se negó, pensando en los hijos, pero la señora insistió y finalmente él cedió, así como ella decidió otorgarle la patria potestad de sus vástagos.

*

Pasadas las 11:30 de la noche, la barra era una fiesta, como el resto del bar, pero ese resto era un mundo aparte, un mundo raro para los asiduos a la barra. A esa hora el repertorio musical predominante era rock, con algún contrapunto de trova. Así, sonaban lo mismo en español o inglés, desde Caifanes a The Doors, del Tri a Silvio Rodríguez, de Joan Manuel Serrat y Sabina a Janis Joplin y los Creedence.

¡Don Chuy!, ¡Don Chuy!, gritaron dos jóvenes que se hallaban en una mesa con otros tres muchachos, todos de camiseta negra. No era uniforme, pero como si lo fuera. ¡Otras dos jarras!, ¡y una moneda para la rockola! Las mesas a la entrada del bar eran ocupadas la mayoría de las veces por parejas, en noviazgo o casados, mientras que en el resto del galerón había surtido, camarillas de universitarios, artistas, trabajadores de diversas empresas, turistas... de todo un poco.

*

La separación causó un rotundo cambio en la vida de Jesús Argüelles. Sus hijos todavía eran unos niños. Lorena, la más chica, apenas tenía cinco años cuando sus padres se divorciaron. Al poco tiempo, entabló amistad con una compañera del trabajo, empezaron a salir y pronto se hicieron pareja, haciendo el intento por formar un segundo hogar.

Muy poco le duró el gusto a Jesús, aunque tuvieron una hija, al año de nacida, la mujer decidió irse con

la niña a Estados Unidos. Entonces le sobrevino una tristeza inmensa que, aunado al estrés por el exceso de trabajo, tuvo una fuerte recaída en su salud, paralizándose la mitad del cuerpo. Los médicos le dijeron que si valoraba su vida tenía que dejar la fábrica e irse a un lugar más tranquilo, como la costa.





Hegel, buena onda

Leopoldo Barragán Maldonado

Dice un dicho que los buenos amigos se cuentan con los dedos de la mano, es cierto, aunque no se sabe si con los de la derecha o la izquierda; lo mismo sucede cuando uno se pregunta por los buenos filósofos, la diferencia es que aquí debemos contarlos suponiendo que una mano es el mundo filosófico occidental, y la otra el mundo filosófico oriental. Si no queremos historias truncadas, tenemos que reconocer que el desarrollo de la ciencia y la filosofía es ambidiestro. Hoy, cuento a Hegel como un filósofo buena onda. El amigo Federico Hegel Fromm nació un 27 de agosto de 1770, en la ciudad de Stuttgart, hace 250 años, al igual que Beethoven (ya homenajeado en este suplemento) y de Hölderlin.

En las relaciones humanas sucede algo parecido con los estudios filosóficos, ya que existe cierta analogía al seleccionar nuestras amistades y filósofos predilectos; esta disponibilidad no es otra cosa que una apertura de la voluntad y la razón, a la cual llamo 'gusto', y que en el sentido común se le nombra 'buena onda'. El 'gusto' es una categoría existencial de procuración hacia el otro, el 'gusto', o 'buena onda', nos hace generar la empatía de acercamiento espiritual no sólo con el amigo, sino también con los filósofos.

Es obvio que seleccionar amigos constituye una tarea especial, creo que nadie tiene amigos sólo por tener, la amistad es asunto cualitativo; en cambio, leemos a filósofos sólo por leer, la erudición es asunto cuantitativo; por eso es mejor un amigo 'buena onda', que un filósofo 'buena onda'; aquél no miente, es honesto; el otro es fanfarrón, dice mentiras en cientos de páginas. Si la verdadera amistad se establece a través de vínculos espirituales, entonces el criterio del 'gusto' presenta tintes morales, religiosos, políticos e ideológicos. En mi óptica, la 'empatía' ideológica cohesiona más que las otras tres, por ser una relación que al objetivarse, se armoniza y sintetiza en los mismos ideales.

Un ejemplo de 'amistad ideológica' lo encontramos en una carta que Hölderlin le envió a Hegel, el 26 de enero 1795: "Estoy dándole vueltas hace tiempo al ideal de una educación del pueblo. Y como tú te ocupas precisamente de una parte de ella, tal vez eligiendo tu imagen y tu amistad como guía de mis ideas de mundo exterior"; aunque siempre existen las 'malas ondas' al interior de los grupos por el afán del protagonismo, en otra misiva del 30 de agosto de aquel año, Hegel le escribe a Schelling: "Lo siento por Fichte. O sea, que las jarras de cerveza y los floretes patrióticos han resistido a la fuerza de su espíritu. Quizá hubiera conseguido más si, dejándolos en su barbarie, se hubiese propuesto sólo lograr sin ruido un grupito selecto".

Al estar Hegel en mi 'grupito selecto' de filósofos 'buena onda', surge esta pregunta, ¿por qué me 'gusta' Hegel?, si al emplear un lenguaje pesado y hasta confuso, invita a cerrar sus libros. ¿Cuál es, entonces, la causa de tal atracción?, si para entenderlo es necesario dedicarle toda una vida. ¿Acaso Hegel es de mi agrado por haber sido un mujeriego empedernido?, bueno, esa característica no deja de ser chusca e intrascendente; ¿tal vez porque era protestante?, esto me es indiferente, pero no intrascendente; ¿quizá por sus preocupaciones políticas?, esto es indistinto, pero no debe olvidarse; ¿o probablemente por

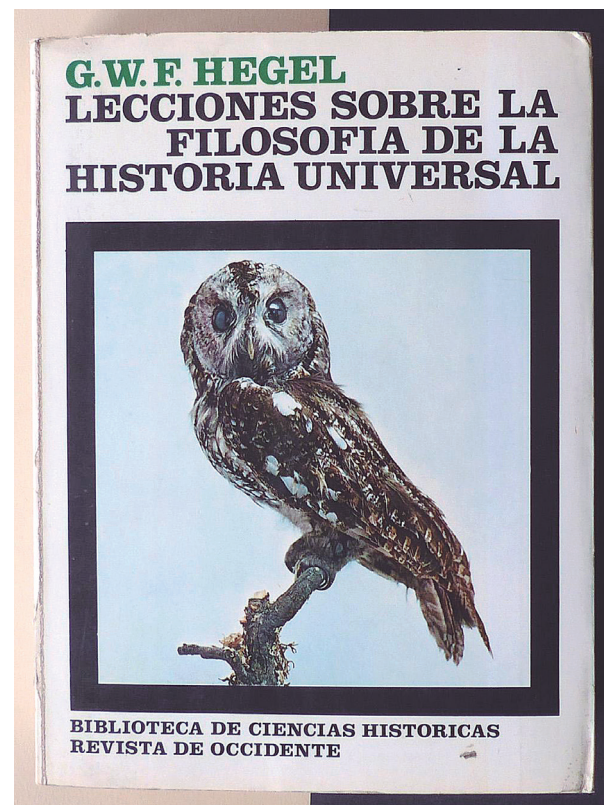
su consideración trascendental de la libertad? Este es el magnetismo de su 'buena onda'.

Mi gusto por Hegel es ideológico, toda vez que acentúa el valor de la libertad como voluntad que se determina a sí misma. Según Hegel, hasta el mismo origen de la filosofía tiene por antecedente el factor de la libertad, en el primer tomo de sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía* (1833), enfatiza: "Cuando decimos que para que surja la filosofía hace falta que se dé la conciencia de la libertad, queremos decir que este principio debe ser básico en el pueblo donde comienza la filosofía".

En la visión hegeliana la libertad es total autonomía, de lo contrario, quedaría limitada, alienada. En su trabajo *La positividad de la religión cristiana*, escrito entre 1795-1796, y refiriéndose al código moral de la iglesia, señaló: "El fundamento sobre el cual está erigido no es un hecho dado a nuestro espíritu, no es un principio que se pueda desarrollar a partir de nuestra conciencia sino algo aprendido (...) la esencia de esta moralidad no está fundada en la libertad y no consiste en una autonomía de la voluntad". En el texto referido, Hegel desarrolla diáfananamente su teoría de la alienación aludiendo a dicha positividad, en este sentido, afirma: "De esta manera ha creado un largo código moral que contiene todo lo que debemos de hacer, lo que debemos saber y creer, lo que debemos sentir. La posesión y administración de este código forma la base de todo el poder legislativo y judicial de la Iglesia y si el hecho de estar sometido a un tal código ajeno se opone al derecho de la razón de cada individuo, entonces todo el poder de la iglesia es injusto". Posteriormente en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1830) subraya la idea de la libertad: "El espíritu, por el contrario, reside en sí mismo; y esto es justamente la libertad. Pues si soy dependiente, me refiero a otra cosa que no soy yo, y yo no puedo existir sin esa cosa externa. Soy libre cuando estoy en mí mismo".

Para entender el ideal hegeliano de la libertad, se requiere contextualizarlo en tres grandes coyunturas: el triunfo de la Revolución Francesa, la consolidación del Imperio Napoleónico, y la fragmentación política alemana; por consiguiente, la filosofía de Hegel es por antonomasia histórica y política, como se refleja en sus obras de juventud hasta las de madurez. Son, pues, estos dos factores los que, a 250 años de su natalicio, mantienen vigente su pensamiento.

En los *Fragmentos republicanos* (1794-1795), donde expone la teoría de la alienación, nos deja este recordatorio: "un pueblo en estado avanzado de corrupción, de profunda debilidad moral será capaz de convertir la obediencia ciega a los caprichos malvados de hombres abyectos (...) un pueblo tal no puede ser inducido a comprender la idea de la moralidad para edificar su fe sobre ésta". Para Hegel, toda la realidad no es otra cosa más que el desarrollo dialéctico de la libertad. De este esquema vale la pena resaltar la idea de que la familia, la sociedad, y el Estado, no son otra cosa que la encarnación de la idea moral, de tal manera que si en nuestro tiempo estas entidades muestran desintegración, degradación y corrupción, no debe extrañarnos, porque son la cabal expresión de nuestra moralidad y de su espíritu alienado.



Mi gusto por Hegel es ideológico, toda vez que acentúa el valor de la libertad como voluntad que se determina a sí misma. Según Hegel, hasta el mismo origen de la filosofía tiene por antecedente el factor de la libertad, en el primer tomo de sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía* (1833), enfatiza: "Cuando decimos que para que surja la filosofía hace falta que se dé la conciencia de la libertad, queremos decir que este principio debe ser básico en el pueblo donde comienza la filosofía".

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Simpáticos paseos con sus imprevistos encuentros

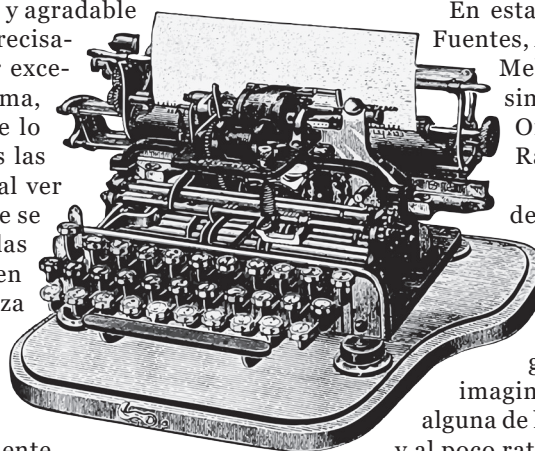
Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1994. Me platica la simpática y agradable Mariquis, que en el año de 1973 y precisamente en el mes de julio, el mes por excelencia lluvioso en nuestra tórrida Colima, ella y otras, gozando de un clima primaveral se lo pasaron en la vieja Europa de sus sueños, pues las ilusiones de visitarla siempre se acrecentaban al ver en el Cine Rialto las interesantes películas donde se encantaban con los hermosos paisajes suizos, las interesantes callecitas de las ciudades nacidas en la época medieval, los lindos castillos de la realeza del siglo XVII, la imponente Roma de los césares y cuna del catolicismo y los museos de los grandes capitales.

Su hermano Melesio y ella habían organizado un viaje por aquellos rumbos y afortunadamente convencieron a varias personas de la ciudad, quienes en grupo se divirtieron y gozaron plenteramente de aquel viaje. El tour de casi un mes fue un verdadero deleite; todos, pues había varios varones, resultó un verdadero disfrute; hubo pocas discusiones, pocos sentimientos, algunos pleititos, ningún catarriente pero sí, todos añorando a Colima y siempre sus exclamaciones eran: ¡Qué lástima que no vinieron los fulanos!, ¿por qué no vendría fulanita?, ¡cómo se hubiera divertido menganita! Y así por el estilo, pues cada rato y en cada momento que veían algo interesante eran las exclamaciones naturales.

Recuerda que estando en Brujas, hermosísima población de Bélgica, todo el grupo estaba fuera de una tiendita de curiosidades de encajes y telas bordadas cuando de pronto vieron venir y precisamente frente a ellos de un lujosísimo Mercedes Benz se bajó un señor alto, delgado, vestido sport con chamarra y cachucha, y que de pronto lo reconocieron como su paisano Gustavo Díaz Ordaz, que meses antes había cumplido su periodo gubernamental y ahora se paseaba por Europa en plan de descanso; viajaba con su señora y sus hijos. Tan luego lo tuvieron a su lado, lo saludaron con contentamiento, y a pesar de que es poblano y casi siempre los del centro del país son un poquito desentendidos, él se portó muy amigable, sonriente y mostrando mucho gusto en encontrar tan lejos de sus lares a un grupo de colimotes.

Trini Fuentes, nuestra simpática compañera, aprovechó para recordarle que cuando era candidato y estuvo en Colima se le hizo un banquete y que ella fue precisamente la cocinera en jefa, preguntándole si le habían gustado las enchiladas estilo Colima, muy parecidas a las poblanas, y él, colocándose a la altura de la ingenuidad y amabilidad de Trini le contestó que estaban tan buenas que nunca las había olvidado, y que en muchas ocasiones comentaba sobre la magnífica comida colimota y la sabrosa tuba “sin bautizar” con la que fueron acompañadas.



En esta ocasión mis compañeros de viaje fueron: Trini Fuentes, Adelita Valencia López, María de los Ángeles Olea, Melesio su hermano y su inseparable compañera, la simpática viudita Nena Sierra, Adelina y José Antonio Orozco, Salvador López, Gloria Blancas, Carmelita Ramírez, Goya Manzo, Pedro y Carmen Cortez.

En agosto del 76, con el vivo y agradable recuerdo de su primer viaje a Europa, *enmitotó* a otro grupo de amigas y conocidas organizando un tour, que abordó el avión una lluviosa y relampagueante noche en el aeropuerto del DF a pesar de que todos los del grupo iban confesados y comulgados; ya elevados y al sentirse sobre las nubes e imaginarse lo hondo del mar que estaba bajo sus pies, alguna de las compañeras sacó el rosario y todos a contestarlo y al poco rato otros muchos de los pasajeros no dormilones se unieron a las plegarias, jaculatorias y vía crucis del grupo colimote. Gracias a Dios y sin más novedad desembarcaron en el viejo continente establecido su cuartel general en la elocuente y grandiosa Roma.

Recuerda que el Papa por aquellos tiempos era Pablo VI. y ellos, con el deseo natural de verlo y obtener su bendición, se informaron que estaba pasando unos días de descanso en Castel Gandolfo, situado en las riberas del lago Albano, y que acostumbraba por las tardes salir al balcón de la mansión para impartir la bendición a las personas que por cientos y miles se reunieron frente al palacio.

Recuerda que el Papa por aquellos tiempos era Pablo VI, y ellos, con el deseo natural de verlo y obtener su bendición, se informaron que estaba pasando unos días de descanso en Castel Gandolfo, situado en las riberas del lago Albano, y que acostumbraba por las tardes salir al balcón de la mansión para impartir la bendición a las personas que por cientos y miles se reunieron frente al palacio. Y así fue como abordaron su autobús y todo el grupo unido se dirigieron a aquel hermoso lugar y precisamente al bajar de su autobús frente a ellos se estacionó otro, y cuál no sería su gran sorpresa cuando vieron bajar a tres jovencitas colimotas: Tere Espinoza Peralta, Griselda de la Mora y Lorenza Ceballos, así es que después de las exclamaciones de sorpresa, de los saludos afectuosos, todos unidos se dirigieron al lugar donde la multitud llena de unión recibió la bendición del Santo Padre.

En este segundo viaje al Viejo Mundo le tocó llevar y entregar 30 días después en sus casas de Colima a: Don Alfonso de la Madrid, Melesio Espinoza y esposa, esposos Saucedo Escoto, Dr. Miguel Núñez y señora, y alguna que otra que como es natural de momento se me escapan de la memoria.

Me sigue comentando la simpática Mariquis que ojalá y que todas sus antiguas acompañan-

tes sientan todavía la hermosa nostalgia al recordar los lindos paseos en el Viejo Mundo, y con añoranza e ilusión de volver pronto por allá, que ella por supuesto no se ha aguantado las ganas y ha vuelto otras veces, pero que con mucho gusto se sacrificaría una vez más para anochecer en México y llegar con un sol esplendoroso al Viejo Mundo después de una larga caminata de navegación entre las nubes, desde luego bien preparada para que en caso de un percance no tener ningún problema con San Pedro.

* Empresario, historiador y narrador. †